

CAROLINA DE SOTO Y CORRO

EL TERREMOTO
DE
ANDALUCÍA

ANTES Y DESPUÉS
DE OCURRIR EN LAS PROVINCIAS DE GRANADA Y MÁLAGA,
LA NOCHE DEL 25 DE DICIEMBRE DE 1884.

(CUADRO)

con un prólogo del
SR. D. NICOLÁS LATORRE

ILUSTRADO DIRECTOR DEL INSTITUTO PROVINCIAL
DE JEREZ DE LA FRONTERA.



JEREZ

Imprenta de *El Guadalete*, á cargo de D. Tomás Bueno,
calle Compás número 2

1885

2 400 40

LIBRERÍA

MADRID



EL TERREMOTO DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
- GRANADA -	
Clase	C
Folios	31
Número	114/18

CAROLINA DE SOTO Y CORRO

EL TERREMOTO
DE
ANDALUCÍA

ANTES Y DESPUÉS
DE OCURRIR EN LAS PROVINCIAS DE GRANADA Y MÁLAGA,
LA NOCHE DEL 25 DE DICIEMBRE DE 1884.

(CUADRO)

con un prólogo del

SR. D. NICOLÁS LATORRE

ILUSTRADO DIRECTOR DEL INSTITUTO PROVINCIAL
DE JEREZ DE LA FRONTERA.



JEREZ

Imprenta de *El Guadalete*, á cargo de D. Tomás Bueno,
calle Compás número 2
1885





PRÓLOGO

SI el hombre es *una inteligencia servida por órganos* como dijo ya un filósofo antiguo, abrazando en su definición la complejidad de nuestro sér, y dando al espíritu la preeminencia que se merece, y si todos los hombres son iguales en *cualidad* de inteligencia y difieren sólo en *cantidad*, como afirma otro, bien puede colegirse que el alma estará mejor ó peor servida y que su inteligencia será más ó menos cuantitativa según que sean más ó menos perfectos, más ó menos delicados los órganos é instrumentos puestos á su devoción. Coordinación y correspondencia recíproca entre la doble sustancia de que el hombre consta, y ora se explique el fenómeno por la admirable teoría de la armonía preestablecida de Leibnitz, ora por las *causas ocasionales* de la escuela de Descartes, ora por otras hipótesis más ó menos ingeniosas y verosímiles, el hecho misterioso es innegable, y de observación y experiencia diaria. El organismo influye por notable manera en

nuestro espíritu haciéndole más ó menos imaginativo, más ó menos sensible, más ó menos severo, según su compleción y naturaleza. ¡Cuántos órdenes de ideas, cuántos órdenes de sentimientos, y qué de imágenes y concepciones se despiertan y surgen en nuestro espíritu provocados y sugeridos por el organismo que nos acompaña!

Son los sentidos las ventanas por medio de las cuales se asoma el alma al mundo exterior; mas de cuán diferente manera nos asomamos los unos respecto de los otros! Ciñéndonos á la vista y al oído, sentidos llamados especialmente instructivos, bien puede reconocerse y confesarse que no transmiten para todos impresiones idénticas, ni aun en muchos casos análogas. Fenómenos que pasan inadvertidos para unos, fijan poderosamente la vista y atención de otros: tal cual contempla un objeto bajo un punto de vista de todo punto extraño á otro observador, y tal cual descubre en él relaciones y conexiones ignoradas é imperceptibles para los demás. Pormenores que nada dicen para algunos, son interesantísimos para otros, y espectáculos mudos y fríos para ciertos ojos, están para otros llenos de vida y elocuencia. En el gran concierto de la naturaleza, qué distintos sonidos, qué distintas voces oímos unos y otros! Qué diversidad de impresiones, y cuán distintas son las fibras que se conmueven y responden en unos y otros espíritus á la presencia y excitaciones del mundo de la materia! Apenas ofrece éste la misma faz, ni habla el mismo lenguaje á dos inteligencias humanas. Lo cual, si procede en muchos casos de estados ó anteocupa-

ciones psicológicas, procede también frecuentemente, por la innegable compenetración é influencia de lo físico y lo moral, de la especial organización que completa, acompaña y sirve al espíritu. Entre la fenomenalidad externa y el alma inteligente, entre el *yo* y el *no yo*, como diría un filósofo, está el cuerpo intermediario, y están los sentidos, verdaderos embajadores de cuanto pasa fuera de nosotros; pero intermediario y embajadores no pasivos y puramente inertes, sino con la bastante virtud y eficacia para modificar en gran manera, según su contextura y excelencia, las impresiones exteriores. Son bajo esta relación, los órganos ó sentidos con respecto al alma lo que el instrumento con respecto al músico, ó los colores y el pincel con respecto al pintor. Uno y otro artista deben mucho á los medios de que se sirven en su arte respectivo. Así el alma, unida á una organización delicada, ve estéticamente mejor, siente con más finura, y habla luego con más sentimiento *ex abundantia cordis*.

¡Saber ver y sentir! Hé aquí el secreto para escribir bien, y este don, esta especial intuición y sensibilidad, poséelos sobre todo las mujeres. Sin entrar en investigaciones y citas históricas que confirmaran esta verdad, es buena prueba de ello la autora del adjunto poemita.

No hay que buscar en las poesías, ya numerosas, de la Srta. D.^a Carolina de Soto y Corro, antigua Directora de *Asta Regia*, y laureada poetisa de las Academias de Ciencias y Artes, la de Buenas Letras y otras asociaciones literarias de Cádiz y Sevilla, no hay que buscar, á nuestro

entender, el vigor y fogosidad del estro varonil, ni la grandiosidad de los conceptos, ni la vehemencia de los sentimientos, ni la valentía de las imágenes, ni aun el atildamiento retórico de las formas; pero sí sencillez, verdad, naturalidad suma, y cierta especie de candor y ternura que las hace doblemente amables é interesantes.

Si no se supiera de antemano, se adivinaría fácilmente que son producto de la pluma de una mujer. Sus pensamientos brotan más bien del corazón que de la cabeza, y penetrados siempre de una sensibilidad exquisita, ingenua, y espontánea, ofrecen rasgos delicadísimos que conmueven dulcemente al alma, y que por lo tiernos y sencillos, no hubieran sido seguramente desdeñados de Garcilaso, Francisco de la Torre y Meléndez. Si los versos pueden dividirse en versos *bien nacidos* y versos *bien hechos*, los de nuestra poetisa pertenecen indudablemente á los primeros, como producidos por quien cuidándose poco de su artificio, se deja sobre todo llevar de la espontaneidad de sus purísimos afectos. Y en verdad que nunca ha podido decirse con más razón que el estilo es el rostro del alma, pues las producciones de esta escritora son un trasunto fidelísimo de la suya, noble y hermosa, como lo son de la ternura de su corazón, y aun pudiéramos añadir de la dulzura de su continente y de la apacibilidad y belleza de su semblante. Pero sobre todas estas calidades, hay en sus producciones otra muy preciosa que la dignifica y avalora mucho, y es el aroma religioso que exhalan como flores nacidas al calor de un corazón que no acierta á sentir sino prendido siem-

pre del lazo místico que nos une á Aquel en quien *vivimos, nos movemos y somos*. Imbuida y dominada por esta idea, parece que nuestra poetisa siente y dice como Meléndez:

*Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo
Allí gran Dios presente
Atónito mi espíritu te siente.*

Encanto y mérito indispensable de sus composiciones, porque no sabemos que haya una relación más obvia ni más fundamental, ni más fecunda en luz y consuelos, ni más rica en altísimas inspiraciones que la que une á la criatura con el Criador, y la que encadena todos los sucesos humanos con una Providencia sapientísima que por inescrutable modo lo dirige y lo gobierna todo. ¡Feliz de la que sabe pensar y sentir así! Sus escritos, aparte de otras recomendaciones, tendrán siempre, por este solo hecho, algo de intrínseco y elevado que los redima del olvido, y los haga simpáticos é interesantes á los discretos. Porque en sustancia, el hombre por su naturaleza es más sentimiento que razón, y la perfección de su vida anímica, y su felicidad terrestre, y su destino futuro, no tanto están ligados á la mayor ó menor suma de sus ideas como á la mayor ó menor suma de sus virtudes. ¡Los sentimientos son los que sobreviven!

Estas reflexiones generales sobre los escritos de la Srta. de Soto y Corro, son aplicables, y no podía menos de ser así, al poemita que acaba de salir de su fecunda

pluma. Aunque son seis los títulos ó epígrafes de las composiciones que lo forman, resulta unidad en el pensamiento capital que se desenvuelve en una especie de drama, dividido en varias jornadas, de las cuales pueden considerarse como preparación *La Cena, La boda y El regreso*; como nudo ó trama *El Cataclismo y Los Desvalidos*, y como solución *La Caridad*. Seis cuadritos interesantes, llenos de verdad, bien imaginados, y sobre todo, bien sentidos, en que por medio de pinturas convenientemente contrastadas, y por medio de la variedad de escenas, ya regocijadas y de familia en los tres primeros, ya terribles y conmovedoras en el 4.º y 5.º, y ya consoladoras y apacibles en el último, se anima grandemente el asunto, viniendo á aumentar el fondo sombrío y desgraciadamente trágico que de suyo tiene. En cuanto á las formas y estilo, adviértense en este poemita las cualidades salientes que hemos asignado á las producciones de nuestra conspicua poetisa, apareciendo en él la escritora piadosa, fácil, natural y tierna de siempre, pues aunque sus cuadros no carecen ciertamente de expresión poética, ni de pinceladas vigorosas, ni de arranques líricos, son con todo eso el sentimiento y la sencillez los caracteres dominantes, pero sencillez que en más de un caso nos recuerda el aforismo estético:

La noble sencillez sólo es sublime.

Nicolás Latorre.

Jerez 24 de Marzo de 1885.

EL TERREMOTO DE ANDALUCÍA

LA CENA

I

—Aviva más la candela
Y añade un tronco, hijo mío:
La sangre con este frío
Parece que hasta se hiela.

Muy bien. Esposa querida,
Acércate, no estés lejos:
Para nosotros los viejos
El calor es media vida.

Aquí á la dorada lumbre
Del hogar, estoy pensando
Cómo se fueron pasando
Los días sin pesadumbre.

Gozosa recuerda el alma
Los años ya transcurridos
En tierna coyunda unidos
Con dulce y bendita calma.

¡Cuánto agradezco al Señor
 Toda la inmensa ventura
 que concede á esta criatura
 Hasta en su postrer fulgor!

Primero con tus cuidados
 De fiel y excelente esposa;
 Luego con la dicha hermosa
 De mis afanes colmados.

Y al fin con la alegre corte
 En la que reino absoluto
 Cobrando amante tributo
 De hijos, nietos y consorte.

Pero dí, ¿los estudiantes...?
 —Por lo que juzgo escuchar
 Creo que acaban de llegar
 En estos mismos instantes.

—¡Gracias á Dios! á su encuentro
 Voy allá fuera enseguida.
 —¡Hijos!

—¡Oh madre querida!
 Gritaron voces adentro.

—¡Padre del alma! ¡Abuelitos!
 —Venid, venid á mis brazos.
 ¡Rapaces! ¡picaronazos!
 —¡Qué hermosos!—¡Y qué hombrecitos!

Así en sus puros excesos
 Todos á la vez decían,
 Mientras que al par confundían
 Sus lágrimas y sus besos.

A poco hablaban reunidos
 Junto á la lumbre sentados,

Los jóvenes no cansados,
 Pero á preguntas molidos.

—¿Y qué tal en el Colegio?
 ¿Os cuidan bien?

—¿Buenas notas?

—Me han dicho que tú alborotas.
 —Tú serás un hombre egregio

En el foro y la tribuna;
 Y tú un militar valiente
 Que con lauros en la frente
 Ganarás gloria y fortuna.

Tal decía entusiasmado
 El abuelo cariñoso,
 Mientras feliz y ardoroso
 Los miraba enagenado.

De pronto la voz sonora
 De una rolliza muchacha
 Se oyó decir vivaracha:
 —Ya está la cena, señora.

Cual si aquel breve argumento
 Comunicara á un resorte,
 El rey con su amada corte
 Se puso de pie al momento.

—¡Santa palabral á cenar.
 —A cenar; se repitió,
 Y en el pecho se sintió
 El dulce gozo aumentar.

Ya en la mesa, do agradable
 Se alzaba el aroma sano
 De una fuente, el noble anciano
 Dijo con voz venerable:

—Alabemos al Señor
 Que en esta noche dichosa
 Bajo su égida hermosa
 Nos une con santo amor.
 Su Navidad celebremos;
 Y al comer estos manjares,
 Como en los sacros altares
 Por los pobres imploremos.
 ¡La protección celestial
 Sea con todos! y ferviente
 Dió con mano reverente
 Su bendición paternal.



LA BODA

II

—Allí está la novia, es bella
 Como un querubín del cielo,
 Entre los pliegues del velo
 Su faz de rosa descuella.

Él, conmovido parece,
 Y en su arrogante figura
 Se denota la ventura
 Que en sus ojos resplandece.

—Ya el ministro consagrado
 La epístola y preces santas
 Pronunció, y ante sus plantas
 La boda ha santificado.

—Ya salen todos del templo;
 Del brazo van los esposos;
 —Que Dios los haga dichosos
 Y edifiquen con su ejemplo.

Así hablaban dos mujeres
 La ceremonia observando,
 Hasta que al final marchando
 Se fueron á sus quehaceres.

Entre tanto en la morada
 De la amorosa pareja

Se solemniza y festeja
La dulce unión celebrada.

La novia con santo gozo
Mira su afán satisfecho,
Y siente latir el pecho
Con celestial alborozo.

Ricamente engalanada
Se ve y con gusto prendida,
De blanco lino vestida
Y con flores adornada.

Parece, pura y serena,
Como sensible paloma
Con la blancura y aroma
De la fragante azucena.

Su esbeltez y donosura
Miran todos extasiados,
Y contemplan admirados
Su peregrina hermosura.

La madre llora y sonrío,
Y de aquel bullicio lejos,
Da á la joven sus consejos
Para que siempre se guíe.

La hermana la felicita
Y la saluda inocente,
Besando su casta frente
Con expresión infinita.

Y arreglan las cuidadosas
Amigas, el bello ajuar,
No cesando de admirar
Todas las galas preciosas.

—¡Qué profusión de bordados!

—¡Qué elegancia en los vestidos!
—¡Qué riqueza en los prendidos!
—¡Qué aderezos tan preciados!
Exclamaban, y curiosas

La revisión repetían,
A la vez que se sentían
De aquella suerte envidiosas.

La joven recién casada
Al esposo enamorado
Le oía luego á su lado
Dichosa y ruborizada.

—Soy feliz, él la decía
Con eco de amor profundo;
Por los tesoros del mundo
Mi encanto no cambiaría.

Dueño al fin de tu hermosura
Y de tus santas virtudes
Desde este instante, no dudes,
Juzgo eterna mi ventura.

Tú serás siempre mi escudo,
Tú sólo mi pensamiento;
Por tí con noble ardimiento
Luchará mi brazo rudo.

Por tí moveré mi planta,
Y fijos en tí mis ojos
Haré míos tus antojos,
Tuya será mi fe santa.

Tuya la gloria infinita
Del bien que mi mano siembre;
¡Veinte y cinco de Diciembre!
¡Bendita fecha! ¡bendita!

EL REGRESO

III

De un edificio lujoso
En cuyo centro se ostenta
La dulce calma que alienta
La virtud y el bién precioso;

En la alcoba principal
Envuelta entre la penumbra
De mágica luz que alumbra
Tras de rosado cristal,

Hay una cama pequeña
Y en ella una niña hermosa
Que está riyendo graciosa
Pues con los ángeles sueña.

Más allá se ve una cruz,
Y hay cortinas desde el techo
Que encubren el blanco lecho
Donde una mujer dió á luz.

Cual tierno y sentido coro
Se escucha en la habitación,
De la madre la oración,
Y del niño el blando lloro.

La dama al infante mira
Con maternal embeleso,

Y dando en su frente un beso
Con amargura suspira.

Recuerda á su noble esposo,
Al que su honrado destino
Llevó á distante camino
Por el piélago anchuroso.

Y deplorando su ausencia,
Avivó el recuerdo amante
En aquel crítico instante
Del nuevo sér la existencia.

Mas quiso la suerte pía
Fuese la noche dichosa,
Colmando á la casta esposa
De imponderable alegría.

En tan feliz ocasión,
El padre de aquellos seres
Retornó de sus deberes
Por extraña inspiración.

Dulce sorpresa que el ciclo
Preparó á los dos esposos,
Y que les hizo amorosos
Verter llanto de consuelo.

El marino con ternura
Y de placer delirante,
Estrecha á la esposa amante
Y abraza á la niña pura.

Silencioso y conmovido
En sus caricias no cesa,
Y al tierno vástago besa
Mirándole embebecido.

Respira al fin en su hogar,

Y llena los gabinetes
De recuerdos y juguetes
Que trajo de allende el mar.

Calmada ya la impresión
De aquel impulso primero,
Junto á su amada el viajero
Comienza su narración.

Con voz dulce y reposada,
Los azares de su historia
Recita con fiel memoria
Donde la tiene grabada.

¡Qué luchar tan sobrehumano!
¡Qué de temores y afanes,
Y peligros y huracanes
Al cruzar el Océano!

Pero ya ¡qué diferencial!
Hoy disfruta su esperanza
De la tranquila mudanza
Que anheló con impaciencia.

—De hoy más, dijo, esposa mía,
De esas penas retirado,
Pienso tan sólo á tu lado
Vivir en santa armonía.

Yo haré que tu hogar se esmalte
Como el oro reluciente,
Soy rico, lo suficiente
Para que nada te falte.

Gané en el mar, satisfecho,
Con peligro de mi vida,
La riqueza apetecida
Con honores y provecho.



¡Dios al fin me recompensa,
 Y veremos orgullosos,
 A nuestros hijos dichosos
 Con fortuna tan inmensa!



EL CATACLISMO

IV

Es de noche, hórrida calma
 En la fría oscuridad
 Con lúgubre densidad,
 Causando pavor al alma
 Domina en la inmensidad.

Nada en su ignorancia puede
 Presentir el pecho humano;
 Sólo Dios que el bien concede,
 Hace que el misterio quede
 A su saber soberano.

Ya descansan los pastores
 Y el ganado en sus rediles;
 La cruda estación sin flores
 Deja sentir los rigores
 De sus heladas sutiles.

Los árboles más ancianos
 Tiemblan, y cual triste augurio
 Ladran los fieles alanos
 Al escuchar el murmurio
 De los pueblos comarcanos.

Allá en las regiones puras
 Ni un leve fulgor se ostenta,

Parece que en las alturas
Tras de las nubes oscuras
Durmiendo está la tormenta.

De repente, extraño ruido
Sordo, secreto, profundo,
Cual espantoso rugido
De fiero tigre escondido,
Sintió aquel trozo de mundo.

Estremeciósela sierra
Desde sus hondos cimientos,
Y vió el hombre, que aún se aterra,
Columpiándose la tierra
Con trémulos movimientos.

A tan tremenda impresión,
Al imprevisto quebranto
De tan ruda convulsión,
Siguieron gritos de espanto
Con ayes y confusión.

Crugió la tierra y perdieron
El equilibrio las masas;
Bocas inmensas se abrieron,
Y en los poblados las casas
Con estrépito se hundieron.

Las montañas al rajarse
Formaron nuevos abismos;
¡Cuán fácil es transformarse
A la Natura y mudarse
A impulsos de cataclismos!

Poder del Creador sublime
Que sólo á un aliento leve,
Doquier su grandeza imprime,

Funda, destruye, redime
Y el mundo á su antojo mueve.

Por designios celestiales
Se separaron los montes,
Y secos los manantiales
Trasladaron sus raudales
Hacia nuevos horizontes.

Al fuerte sacudimiento
Cambió la feraz comarca,
Y en aquel solo momento
Perdió bienes y contento
La hermosa extensión que abarca.

Por cerros y cortaduras
Hasta las negras honduras
Mil moles se despeñaron,
Y confundidos rodaron
Leños, piedras y criaturas.

Cual si el desastre horroroso
No bastara en poderío,
Silbó el huracan bravío,
Creciendo más lo espantoso
De aquel cuadro tan sombrío.

Las cataratas del cielo
Se desbordaron, rompió
Fugaz relámpago el velo,
Y sobre aquel triste suelo
La tempestad retumbó.

Noche pavorosa, horrible,
Más desolación no cabe;
Dejad que mi mano grabe
La desventura terrible

Que el labio expresar no sabe.

¡Oh, amanecer de aquel día
Tan temido como ansiado
Por los que en cruda agonía
Libres de la muerte impía
Huyeron á despoblado!

Al extender la mirada
Cuando la nueva alborada
Iluminó los objetos,
¡Cual falange de esqueletos
Quedó la gente aterrada!

Mudos de dolor y espanto
Postrándose de rodillas
Rendidos á su quebranto,
Sintieron correr el llanto
Por sus pálidas mejillas.

¡Todo arruinado, perdidos
Con sus cosechas y hogares,
Y en montones confundidos
Entre los seres queridos,
Ganado, haciendas, y ajuares!

Los que salvarse pudieron,
Aun sin salir de su asombro,
¡A impulso febril corrieron
A remover el escombros
Buscando á los que perdieron!

Y hasta los débiles seres
Allí sus fuerzas agotan
Las que al supremo ardor brotan,
¡Y aun los niños y mujeres
Destreza y valor denotan!

Sordos gemidos se escuchan
Que hieren los corazones;
Ahogadas lamentaciones
De los que oprimidos luchan
Entre muertos y terrones.

Ayes y gritos profusos
Que llegan allí confusos
Como de sitios inciertos,
De los que yacen contusos
En panteones cubiertos.

La esposa lucha afligida,
Y al recoger en sus brazos
Al esposo, estremecida,
¡Rasga el vestido en pedazos
Para vendarle la herida!

La madre en llanto deshecha
Busca con afán prolijo
Saltando de brecha en brecha,
¡Hasta que al fin loca estrecha
El cadáver de su hijo!

Todos claman y suspiran
Con hondo pesar intenso,
Y la catástrofe miran
Como seres que deliran
Bajo dolor tan inmenso.

Y aumenta más la aflicción
Que el alma angustia y oprime,
La seguida conmoción,
Las voces, la destrucción
Y el tierno labio que gime.

¡Lágrimas de sangre llora

Con el estrago reciente,
 El español que deplora
 La escena desgarradora
 Del terremoto imponente!



LOS DESVALIDOS

V

Aquel hermoso paisaje
 Lujosamente dorado
 Por el sol de Andalucía,
 Con sus espléndidos rayos;
 Aquel terreno grandioso
 Difícil y accidentado
 Con montes y vericuetos,
 Quebraduras y collados;
 Con desiguales veredas,
 Con pendientes y con llanos,
 Con sus valles pintorescos
 Y sus magníficos prados.
 Aquel suelo embellecido
 Con tan dichoso pasado,
 Donde el Creador prepotente
 Derramó sus dones santos;
 En donde tiene la historia
 Su monumento más alto,
 Pues que allí puso su planta
 La Cruz excelsa elevando
 En los muros granadinos
 Sobre el infiel mahometano,

Una católica reina
 Que al invasor expulsando
 De aquella tierra bendita,
 Con fuerte y seguro brazo
 Tremoló el signo glorioso
 Cuiéndose eternos lauros.
 Hoy enmudece la lengua
 Y acude copioso el llanto
 Del corazón conmovido
 A los ojos asombrados,
 Al ver de aquellos lugares
 Todo el esplendor y fausto
 Convertidos en tristeza
 Por el funesto quebranto
 Que en la geológica lucha
 Del movimiento terráqueo
 Sufrió allí Naturaleza
 De oculto poder al fallo.
 Lo que antes era delicia,
 Lo que fué gloria y encanto
 De los pechos andaluces,
 Ahora pesaroso el ánimo
 Y estremecido el espíritu,
 Mira el hombre acobardado,
 Tan sólo mustias ruinas
 Que infunden dolor amargo;
 Pueblos de pronto sumidos
 Por los rigores del hado,
 En la mayor pesadumbre
 Que afligir puede al humano;
 Informes masas de escombros

La destrucción decantando
 Con pérdidas lastimosas
 Y dolorosos extragos;
 Miseria doquier y angustia,
 Y para colmo los campos
 Cual triste señal cubiertos
 De blanquísimo sudario.

 Pero entre tantas desdichas,
 Tras los momentos aciagos
 En que la paz y ventura
 De aquel suelo se turbaron;
 Entre los múltiples seres
 Que impelidos por el pánico
 Huyeron á la campiña
 La existencia libertando,
 Seres que afligidos gimen
 Por sus padres, sus hermanos,
 Y sus hijos y sus bienes,
 Que contemplan sepultados;
 Fijemos la vista sólo
 En un grupo que marchando
 Sobre la nieve camina
 Con débil y lento paso,
 Grupo que por sí compendia
 Con los colores más claros,
 Y que detalla el asunto
 Como el más completo cuadro
 De la tragedia ocurrida,
 Todo el imponente trazo,
 Toda la horrible desgracia

De aquel suelo infortunado.
 De este grupo el que lo guía
 Es un sér octogenario
 Que lleva difícilmente,
 Mas cuidadoso en sus brazos,
 Un niño de pocas horas,
 Con ligereza abrigado,
 Pero entre rica envoltura
 De finos pañales blancos.
 Otros dos seres marchaban
 Junto al decrepito anciano;
 Son una joven hermosa .
 De aspecto sensible y cándido,
 Y una niña blanca y rubia,
 A la que fiel de su mano
 Conduce como el arcángel
 La inocencia resguardando.
 La joven cual sensitiva
 Tronchada al furor del ábrego,
 Camina llorosa y lánguida,
 Y por un contraste estraño
 Va con las galas de boda
 Por el lugar funerario
 Donde el dolor y la muerte
 Celebran su enlace infausto.
 Sin color en las mejillas,
 Roto el vestido de raso,
 Desprendida la corona
 Sobre el velo desgarrado,
 Y ensangrentada la frente
 Y el corazón destrozado,

Y heridos los pies que apenas
 Mover puede de cansancio,
 ¡Parece triste cadáver
 De su nicho levantado
 Con restos de su mortaja
 Y vestigios de sus rasgos!...
 De estas débiles criaturas
 Que la desgracia ha juntado
 Como una sola familia
 Y en un instante trocando
 Esperanzas y venturas
 Por pesares y quebrantos,
 Sabed la sencilla historia
 De su reciente pasado.

Perpetua paz disfrutaba
 El noble y sentido anciano;
 Bienestar, esposa tierna,
 Hijos y nietos amados.
 Con la conciencia tranquila
 Y el espíritu elevado
 Por las etéreas regiones,
 Vivía al cielo rogando
 Por todos los que adoraba,
 Y al contemplar ya cercano
 Su fin, lógico argumento
 Que le sugerían sus años,
 Constantemente rezaba
 De fervor ejemplo dando,
 Y con la dicha ilusoria
 De que alegre y sonrosado

El porvenir de los suyos
 Se presentaba, quedando
 Su corazón satisfecho
 Con tan purísimo halago.
 Mas ¡ahl que trocó la suerte
 Con su despiadada mano,
 El natural organismo
 De las cosas al contrario.
 Aquella noche pasada,
 Noche de terror y espanto
 Que recuerdan los mortales
 De miedo y pesar temblando
 En su dolor confundidos,
 Y en este súbito cambio
 Su pequeñez é impotencia
 Temerosos contemplando...
 Aquella noche al impulso
 Del siniestro inesperado,
 Todos los seres queridos
 Del débil octogenario
 De improviso fenecieron
 Entre moles aplastados,
 Dándose en aquel percance
 El hecho ostensible y raro
 De que el viejo se salvara
 Sin saber cómo ni cuándo;
 ¡Dios no más descifrar puede
 Tan misteriosos arcanos!

—
 La juvenil compañera
 Del triste y doliente anciano,

Feliz se conceptuaba
 Antes que el horrible caso
 Del terremoto ocurriera,
 Pues que dichosa su mano
 Tras de insomnios y amarguras
 Temores y sobresaltos,
 Entregó á su tierno amante
 Que fiel y rendido al cabo
 Se unió ante el altar con ella
 En dulce amoroso lazo.
 Aun brillaba el regocijo
 En los ojos y en los labios;
 Aun amigos y parientes
 A los dos recién casados
 Felicitaban contentos
 Su ventura celebrando,
 Y aun los jóvenes esposos
 Se miraban extasiados,
 Ella adornada la frente
 Con las flores de naranjo,
 Y él amante acariciándola
 Con besos imaginarios.....
 Mientras ella ruborosa
 La vista bajaba..... cuando
 Mortal y terrible angustia
 Se apoderó de los ánimos,
 Y en un momento suspensa
 El alma quedó observando
 Como tempestad profunda,
 Cual seco rumor extraño
 De temblorosa tormenta,

O como el grito lanzado
 En las viejas catacumbas
 Por los mártires romanos,
 Que resonó pavoroso
 A la vez que simultáneo,
 Se sucedió el balanceo
 Que fué causa del extrago.
 Crugimientos y alaridos
 Por doquiera se escucharon,
 Y en un instante los ecos
 De las víctimas mezclados
 Con el chocar estridente
 Del desquiciamiento rápido,
 En el empuje inaudito
 Concierto de horror formaron.....
 De aquella morada alegre
 Que fué templo del encanto
 Y asilo de la esperanza,
 Se vió pronto desplomado
 Su techo y el muro hundido
 Sobre seres que aplastados
 Tuvieron allí sepulcro.....
 Mas de aquel lugar en tanto
 Un solo cuerpo impelido
 Por un poder sobrehumano
 Rebotó entre los montones
 Y como rama de un árbol
 Que troncha huracan furioso
 Y empuja, cayó rodando
 Por una corta pendiente
 Hasta el borde de un barranco

Donde inmóvil, sin sentido,
 Y envuelta en cendales blancos
 La triste criatura inerte
 Quedó cual copo nevado.

Los niños..... aquellos ángeles
 Que en el grupo presentamos,
 Apenas venido al mundo
 El que llevaban en brazos,
 Y aun muy pequeña la niña
 Que marchaba con trabajo,
 Los dos tiernos inocentes
 De sangre y belleza hermanos,
 Hijos de nobles esposos
 Eran, marino esforzado
 El padre que fiel y atento
 A sus deberes sagrados,
~~Su hijo de noble estirpe~~
~~Rebrotó entre los montones~~
 Navegó tras la fortuna
 Que ambicionaba pensando
 En la dicha de los suyos
 Que allá en su rincón amado
 De Andalucía se hallaban
 Su vuelta siempre aguardando.
 La madre joven y hermosa,
 De su amor los puros lazos
 Estrechaba con virtudes
 Y con el nudo de vástagos,
 Como la planta fecunda
 Que agradecida á los rayos

Del sol que la alienta ardiente
 Produce el fruto anhelado;
 Así aquélla dió á la vida
 Su hijo segundo, marcando
 Época este natalicio
 Para el pecho enamorado
 De la madre que amorosa
 También estrechó en sus brazos
 Al esposo que tornara
 Tras de alejamiento largo.
 Brilló el placer en los ojos,
 Y el viajero entusiasmado
 Contó sus luchas y afanes
 Por el ~~infinito~~ piélago *cruzando*,
 Y el oro que diligente
 Gracias á su acierto y tacto
 Ganó en distintas empresas
 Por hemisferios lejanos.
 Ya á gozar se disponía
 Del amor y del descanso.....
 Ya el porvenir de sus hijos
 Se encontraba asegurado.....
 Mas de pronto el pavimento
 Cedió al crugir subterráneo,
 Y el marino con su esposa
 Se hundieron atolondrados
 Entre el lujoso menage
 De su aposento, quedando
 Rendidos á su desgracia,
 Y moribundos acaso.....
 Los niños..... también cayeron,

Pero los dos por milagro
 De la santa providencia,
 Bajo el hueco que formaron
 El derrumbio de unas vigas
 Sobre sus camas en salvo
 Los descubrió un pobre viejo
 Cuando las sombras pasaron.
 Cómo pudo aquel buen hombre
 Con el peso de sus años
 Recoger á las criaturas,
 Se concibe calculando
 Que fué permisión divina
 El suceso extraordinario
 De salvar á los infantes
 Por medio de aquel anciano,
 El cual también de allí cerca
 Siguiendo junto á un barranco
 Halló á una joven herida
 Su desventura llorando.
 Y excitadas en su pecho
 Las fibras del bien más santo
 Presto la ofreció el auxilio
 De su noble y débil mano.
 ¡Pobre sér! aquella noche
 Perdió á sus hijos amados,
 Y achacoso, ya sin fuerzas,
 De su larga vida al cabo
 Quedó triste y desvalido
 Tan sólo el consuelo hallando
 De aquellas pobres criaturas
 Acogidas á su amparo!....

¡La infelice desposada
 En vez del goce soñado
 Halló la horrible desdicha
 Que se interpuso á su paso,
 Y á la clemencia del cielo
 Despertó de su letargo
 Casada, viuda y virgen,
 Sobre un abismo por tálamo!....
 ¡Los pequeños inocentes
 Que aun la gravedad del caso
 En que estaban no sabían,
 El bienestar sus halagos
 La víspera le brindaba
 Con el oro y los regalos,
 Y hoy no eran más que mendigos,
 Pobres ~~que~~ huérfanos *llorando!*....
 ¡Secretos que no se alcanzan,
 Juicios del poder más alto,
 A do llegar nunca pueden
 Los pensamientos humanos!....
 ¿Mas á dónde se encaminan
 Estos seres desgraciados?
 ¿A dónde van?... no lo saben;
 ¡Tal vez á implorar en vano
 Una bendita limosna
 Por los pueblos comarcanos!
 ¡Y quizás sean recibidos
 Con desdén y con rechazo!....
 ¡Quizás no encuentren sustento!....
 ¡Quién sabe si por el campo
 En aquella y muchas noches

Tendrán que dormir al raso,
 Y sin hogar ni familia
 Los tristes desventurados
 No sólo al dolor inmenso,
 Sino al par con su quebranto
 Por el hambre y por el frío
 Sucumban desesperados!....
 ¡Pero no, ved, una dama
 Que al trote de sus caballos
 Cruzaba por el camino,
 De su coche se ha bajado,
 Y con lágrimas benditas
 Le tiende al viejo la mano,
 Abraza á la tierna joven
 Y á los pequeños besando,
 Hace que en su coche suban
 Con cariñosos cuidados,
 Y ordena la vuelta al punto
 A su morada, ostentando
 La compasión en los ojos
 Y la sonrisa en los labios!



LA CARIDAD

VI

Hermosa, noble y sublime,
Con humildad se presenta,
La mustia esperanza alienta
Y alivia el dolor que oprime.
Su huella doquier imprime
La calma consoladora,
Ella es la reina y señora
De las virtudes más puras,
Pues donde hay amarguras
Allí acude bienhechora.

Y no hay españoles pechos
Que no la lleven consigo
Como bálsamo y abrigo
De corazones deshechos;
En los más sensibles hechos
Donde impera la desgracia,
El español con audacia
Su auxilio presta afanoso
Con rasgos del bien hermoso
Que le sugiere la gracia.

Mirad, si nó, en esas horas
 De pesadumbre y horrores
 Cuando con hondos furores
 Como fieras rugidoras
 Que de improviso traidoras
 Atacan al indefenso,
 Por todo el lugar extenso
 De las provincias cuitadas
 Sonaron voces ahogadas
 Con rudo bramar intenso.

Cuando roncadas tempestades
 Que estremecieron la tierra
 Como la más cruda guerra
 Que asombrará á las edades,
 Allá en las profundidades
 A la vez que en las alturas
 Entre las densas negruras
 Resonaron pavorosas
 ¡Como quejas misteriosas
 Augurio de desventuras!

¡Cuando en rauda oscilación
 Vióse la tierra movida
 Cual lámpara suspendida
 Por invisible cordón;
 Y al choque y la conmoción
 De las macizas entrañas,
 Abriéronse las montañas,
 Rodando entre convulsiones
 Las espléndidas mansiones
 Y las humildes cabañas!

¡Cuando el eco tremebundo
 De la destrucción ruidosa
 Con rapidez prodigiosa
 Repercutió por el mundo,
 Y el grito horrible y profundo
 De las víctimas dolientes
 Con oraciones fervientes
 Se alzó demandando al cielo
 Misericordia y consuelo
 Para sus penas recientes!

Mirad á nuestros hermanos
 Cómo entonces conmovidos
 Manifiestan afligidos
 Sus sentimientos humanos,
 Y con fervores cristianos
 Encienden la hermosa tea
 De la piedad europea
 Que ardió aquí como en los Andes
 Desde los pueblos más grandes
 Hasta la más pobre aldea.

Los vates con su canción
 Del cielo merced imploran;
 Las damas por los que lloran
 Fomentan la cuestación;
 El hombre su protección
 Prodiga, y la fe que acrece
 El sacerdote enardece;
 Su óbolo el niño derrama,
 ¡Y el noble artista se inflama
 Y hasta sus lauros ofrece!

Ved á todos que se agitan
 Y sin tregua ni descanso
 Como tras quieto remanso
 Las aguas se precipitan,
 Así se mueven y excitan
 Los ánimos generosos
 Recogiendo presurosos
 Con dádivas de oro y cobre
 ¡La humilde oferta del pobre
 Y el bien de los poderosos!

¡Y allá van sin que ni el frío
 Les contenga ni la nieve;
 El rudo trayecto en breve
 Recorren con santo brío;
 No importa el rigor impío,
 Porque allí los desgraciados
 A su dolor entregados,
 Sumidos en la indigencia,
 El pan de la providencia
 Suplican atribulados!

Y ved á nuestro monarca,
 Al hijo de augustos reyes,
 Cómo sus piadosas leyes
 Con noble ardimiento marca;
 Y por la infeliz comarca
 Entre los primeros corre,
 Alivia el mal y socorre
 A los que angustiados gimen,
 ¡Acción que en su pecho imprimen
 Para que nunca se borre!

Vedle, cómo va impelido
 Por esa fuerza divina
 Que en su espíritu germina,
 Y cómo compadecido
 Presta remedio al herido,
 Abraza al pobre y su mano
 Tiende al venerable anciano,
 Difunde el bien mientras llora
 ¡Y así el renombre avalora
 De su trono soberano!

Y acuden de todas partes
 Multitud de tiernos seres
 Que se imponen los deberes
 De alzar como baluartes
 Los sagrados estandartes
 De la fe y del puro amor,
 Y allí donde está el dolor
 Se multiplican y afanan,
 Y sus desvelos hermanan
 Con su clemencia y valor.

Cual rayo de sacra luz
 Que le dió calma y aliento,
 Familia, hogar y sustento,
 Halló el mísero andaluz.
 Ya es menos dura la cruz
 Que lleva de su orfandad.
 ¡Bendita la caridad!
 ¡Gloria á los buenos patricios
 Que invierten sus beneficios
 En pro de la humanidad!

¡Pueblos de mi Andalucía,
Los de Granada risueña
Y la región malagueña
Que sufrieron suerte impía!
No en bronce ni en piedra fría,
Sino con la santa aureola
Del que al sumo bien se inmola,
¡Grabad en los corazones
Con los extranjeros dones
La caridad española!



OBRAS DE LA MISMA AUTORA

El Faro de la Virtud (libro de lectura para las Escuelas), 2.^a edición.

Corona á Santa Teresa de Jesús (libro piadoso),
por una Hija de Nazareth.

El Santo de la Aldea (poema).

El Terremoto de Andalucía (cuadro).

EN PREPARACIÓN

Los poetas andaluces contemporáneos (con la colaboración de los más eminentes vates de Andalucía).

Violetas y siemprevivas (poesías).

Inhiesta (poema).